

EN ISLAS EXTREMAS



EN ISLAS EXTREMAS

AMY LIPTROT

TRADUCCIÓN DE MARÍA FERNÁNDEZ RUIZ



VOLCANO

Título original: «THE OTRUN»

Publicado originalmente en 2016, en Reino Unido, por Canongate Books.

Publicado por acuerdo con Canongate Books Ltd, 14 High Street,
Edinburg EH1 1TE.

Primera edición en VOLCANO Libros: octubre 2017

Copyright © Amy Liptrot, 2016

© de la traducción: María Remedios Fernández Ruiz.

© Fotografía de cubierta de Amy Liptrot: Lisa Swarna Khanna.

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

VOLCANO Libros

C/ Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España)

www.volcanolibros.com

Diseño de colección: Javier García

Diseño gráfico: Mikel Escalera

Maquetación: Sandra Rodríguez

IBIC: BGLA - BM - WTL - 1DBKSHF

ISBN: 978-84-947471-2-0

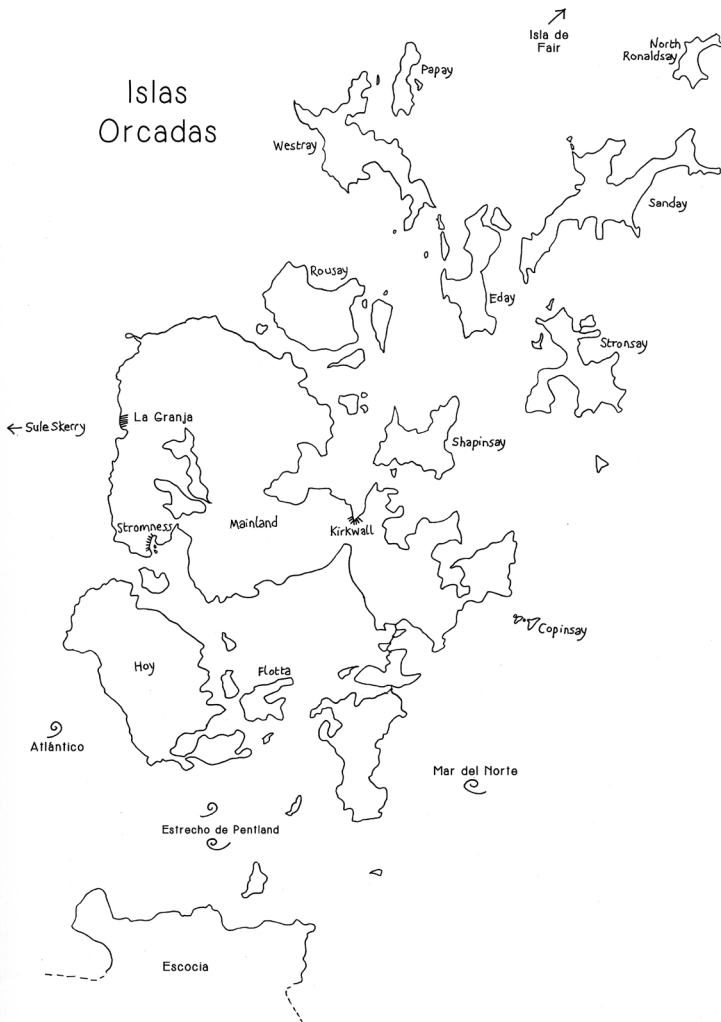
Depósito Legal: M-27708-2017

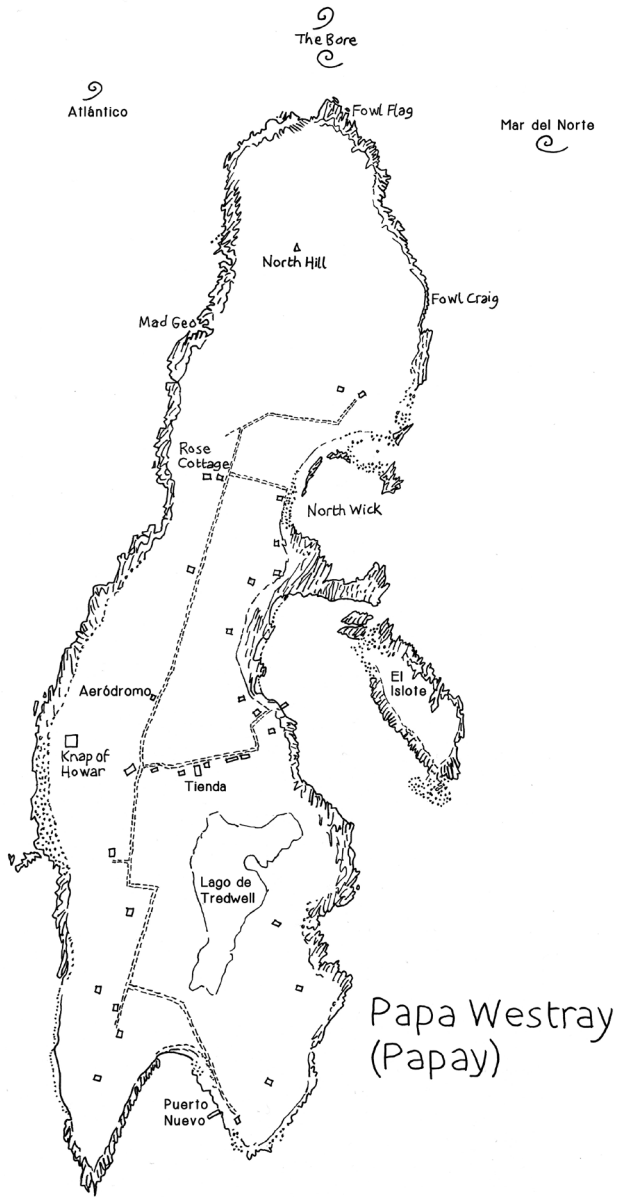
Impreso en Kadmos. Compañía, 5, 37002 Salamanca (España)

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro en cuerpo 11,5.

Islas Orcadas





ÍNDICE

Prefacio	11
1. El páramo	13
2. Temblores	21
3. Flotta	27
4. London Fields	35
5. Pedaladas nocturnas	45
6. Mudanzas	53
7. Naufragando	61
8. Rehabilitación	69
9. A la deriva	81
10. Muros de piedra	87
11. Ámbar gris	97
12. Islas abandonadas	105
13. La paridera	115
14. La mujer del rey de codornices	123
15. Rose Cottage	133
16. Papay	147
17. Alegres danzarinas	157

18. North Hill	165
19. <i>Online</i>	175
20. Nadando en el mar	183
21. El islote	191
22. Geología personal	199
23. Triduana	209
24. La isla de Fair	217
25. Hogueras	227
26. Bajo el mar	237
27. Arrastrada por la marea	245
28. Energías renovables	253
Agradecimientos	261

PREFACIO

EN MEDIO DEL ZUMBIDO DE las palas de un helicóptero, por la pista del aeropuerto de la isla, llevan en una silla de ruedas a una joven con su bebé recién nacido en brazos hacia un hombre con camisa de fuerza, al que empujan en otra silla de ruedas desde la dirección opuesta.

Ese día, los dos jóvenes de veintiocho años habían sido atendidos en el pequeño hospital cercano. A la mujer la ayudaron a dar a luz a su primer bebé. Al hombre, gritando y fuera de sí, lo inmovilizaron y lo sedaron.

Las Orcadas —un grupo de islas al norte de Escocia, desgastadas por el mar y maltratadas por el viento, entre el mar del Norte y el Atlántico— gozan de una variedad de servicios: hospital, aeropuerto, cine, dos institutos y un supermercado. Lo que no hay, sin embargo, es una unidad de psiquiatría para personas diagnosticadas con enfermedad mental, que representan un peligro para sí mismos y para los demás. Si hay que internar a alguien, según lo dispuesto en la legislación de salud mental, lo trasladan al sur, a Aberdeen.

Visto desde arriba, desde un avión que lleva a los trabajadores a una plataforma petrolífera o trae sacas de correos de Escocia, la pista del aeropuerto llama la atención en el paisaje abierto y sin árboles. A menudo, cierra varios días por fuertes vientos o bruma, y es allí donde se produce el drama diario de la partida y el regreso bajo la torre de control, entre las islas bajas y el vasto cielo.

Esta tarde de mayo, mientras las margaritas cierran los pétalos preparándose para la noche, los araos alibancos y las gaviotas tridáctilas vuelven a los acantilados con anguilas para alimentar a sus crías y las ovejas se refugian junto a los muros de piedra, mi historia comienza a desplegar las alas. Mi llegada a este mundo insular coincide con el momento en el que se llevan a mi padre. Mi nacimiento, tres semanas antes, ha provocado un episodio maníaco.

Mi madre le presenta al hombre —mi padre— a su diminuta hija y me coloca un segundo en su regazo antes de que lo suban al avión y se lo lleven. Lo que le dice mi madre queda velado por el sonido del motor o se pierde en el viento.

EL PÁRAMO

EL DÍA DE MI REGRESO me refugio junto a un congelador viejo al lado de unas ortigas y contemplo las nubes avanzando sobre el mar. El romper de las olas no suena muy distinto al tráfico de Londres.

La granja se encuentra en la costa oeste de la isla principal y de mayor tamaño de las Orcadas, en la misma latitud que Oslo y San Petersburgo, separada de Canadá solo por acantilados y océano. A medida que cambiaban las prácticas agrícolas, se fueron añadiendo a la granja nuevos edificios y maquinaria, pero los aperos y cobertizos antiguos seguían allí, carcomidos por el salitre. La pala de un tractor roto hace las veces de abrevadero para las ovejas. Los compartimentos de los establos, donde en una época se ataba el ganado, ahora estaban llenos de maquinaria obsoleta y muebles que teníamos en casa. En aquel granero colgué de las vigas un columpio de cuerda y me balanceaba cabeza abajo, sujetándome con las rodillas, sobre una verja que ahora está tirada en el suelo oxidándose.

Al sur, la granja se extiende por la costa hasta un tramo más arenoso, la bahía de Skaill, una playa de kilómetro y medio donde se encuentra el asentamiento neolítico de Skara Brae. Al norte, la granja sigue los acantilados hasta un terreno ele-

vado donde crece el brezo. Cada parte de la granja tiene un nombre prosaico: la «parcela delantera», con su sendero que conduce a la casa, o la «parcela de las ovejas», cercada por muros de piedra. La más grande de todas, el páramo, es un tramo de costa en la linde de la granja donde el pasto se mantiene corto, maltratado todo el año por el viento y las olas. En el páramo, las ovejas y sus corderos pastan en verano una vez que los sacan del redil de cría. Es el lugar donde las vacas de las tierras altas de Escocia, rojizas y con enormes cuernos, pasan el invierno retozando bajo el cielo inmenso.

Algunos archivos históricos sobre agricultura dividen las granjas en dos partes: el terreno cultivable cercano a la casa y el más alejado, o páramo, de pastos agrestes y sin cultivar, que solían encontrarse en las laderas de las colinas. Antiguamente, este pastizal lo compartían a menudo varias granjas. Era la zona más alejada de la granja, medio indómita, donde coexisten animales domésticos y salvajes. Los humanos no suelen visitarla, lo que permite a los seres fantásticos vagar por allí a sus anchas. En el folclore orcadiano se cuenta que los *trolls* viven en comunidades en los montículos y cavidades de las colinas y hay relatos de *billyans*, unos pequeños seres que emergen de la tierra agreste en verano para hacer travesuras.

En una fotografía del páramo de principios de los ochenta salgo a hombros de mi padre, mientras él y mi madre le enseñan a unos amigos ingleses, que estaban de visita, el terreno de apariencia inhóspita que habían comprado. Mis padres querían comprar una granja y viajaron cada vez más hacia el norte hasta que encontraron una que podían permitirse. Fue una sorpresa tanto para sus familiares y amigos, que dudaban que pudieran conseguirlo, como para la población local. Los orcadianos ya habían visto a muchos sureños idealistas mudarse a las islas y marcharse después de un par de inviernos.

Crecí junto a estos acantilados. Nunca me han dado miedo las alturas. Cuando éramos pequeños, mi padre nos llevaba a

pasear por el borde de los acantilados. Me soltaba de la mano de mi madre para asomarme a las aguas revueltas. La granja estaba delimitada por laja gris —en forma de acantilados o bloques enormes—, y este material monumental, junto con las fuerzas implacables de la naturaleza, conformaba los límites de la isla y de mi mundo.

Teníamos un perro que se precipitó al vacío. El cachorro de collie estaba persiguiendo conejos durante el vendaval, no se percató de la altura y no volvimos a verlo.

Es un día de viento. Dejo mi refugio junto al congelador y recorro el páramo por primera vez en muchos años, respirando profundamente. La granja no tiene árboles y en este paisaje despejado se percibe la inmensidad del espacio.

Todas las rocas forman una pendiente hacia el mar. Como llevo las botas de agua, camino por las grietas entre las piedras para no resbalarme. Algunos mechones que se me han escapado de la coleta se me meten en los ojos y en la boca, y la brisa del mar hace que se me peguen a la cara, como cuando era niña y seguía a los perros ovejeros por debajo de las vallas y por encima de los muros de piedra.

Llego a mi lugar preferido: un bloque de piedra que se mantiene en equilibrio de manera precaria en el borde de un acantilado. Venía cuando era adolescente, con los cascos puestos, muy arreglada y frustrada, y miraba al horizonte deseando escapar. Desde mi piedra, observaba las olas estrellarse contra las rocas y las gaviotas, y los aviones de combate sobrevolando el mar.

Desde aquí, en los días despejados, mirando al sur en dirección al estrecho de Pentland, puedo ver las cimas de las montañas escocesas Ben Hope y Ben Loyal, así como el cabo Wrath. Más o menos a la altura del horizonte, al oeste del páramo, se encuentra el islote Sule Skerry, que albergó en una época el faro habitado más remoto de Gran Bretaña. En el mar, meciéndose en la superficie, puedo divisar los aparatos de energía undimotriz que estaban probando los ingenieros. Hay marea baja y de-

bajo de mí, en la base del acantilado, quedan a la vista las rocas donde encalló un pesquero cuando yo tenía once años.

Sentada en mi piedra miro hacia el norte, al cabo de Marwick, con la torre que se erigió en memoria del lord Kitchener. En 1916, Kitchener murió junto a 643 de los 655 hombres que conformaban su tripulación cuando el HMS Hampshire naufragó a tres kilómetros al noroeste de aquí, hundido por un torpedo de un submarino alemán. A algunos de aquellos doce supervivientes los acogieron en la granja que después sería nuestra.

En el relato del naufragio del Hampshire, un superviviente, el marinero W. M. Phillips describe vívidamente la noche de la tragedia:

—Salté sin botas, aunque completamente vestido y, con un último adiós, me sumergí en el mar humeante.

Consiguió subirse a un enorme bote salvavidas y cuenta cómo, al estar sobrecargado, a los que llevaban chalecos salvavidas les «pidieron que se marcharan»:

—Con comentarios optimistas del tipo «Así llegaremos antes», dieciocho respondieron a la petición y se arrojaron al oleaje, sacrificándose para darle a sus compañeros la única oportunidad que tendrían de salvarse.

Después de muchas horas, cuando los marineros temían morir estrellados contra las rocas, el bote llegó a tierra en una de las calas rocosas del páramo, la cala de Nebo. Al recorrer ese tramo de costa, me imagino el bote tal y como Phillips lo describió: «Encajonado entre los acantilados como si unas manos humanas lo hubieran puesto allí». Veo a los granjeros de aquella época peinando la costa en la oscuridad en busca de supervivientes y de los cuerpos de los marineros entre las rocas.

El viento en las Orcadas es casi incesante. En la granja, los vendavales que llegan del oeste son los peores, ya que arrastran el mar con ellos, desplazando toneladas de piedras en solo una noche. El mapa de la zona amanece modificado. Los del este son los más hermosos: el viento sopla hacia la marea y roza el rutilante dosel espumoso de las olas, capturando el brillo del sol. Las viejas casas de campo son bajas y fuertes, como muchos orcadianos, construidas para resistir los mayores vendavales. Un recio equilibrio que no he heredado: soy alta y desgarrada.

Intento que no me perturbe recorrer la costa de la granja. Hace más de una década que no vivo aquí y los recuerdos de la infancia se entremezclan con otros hechos más recientes que me han hecho volver a las Orcadas. Al abrir con cierto esfuerzo una verja de alambre, recuerdo lo que le repetía a mi agresor:

—Soy más fuerte que tú.

Al final del invierno la tierra está marrón y descolorida, y el páramo parece baldío, pero yo conozco sus secretos. Aquí se encontró una muralla deteriorada y recubierta de vegetación que se remonta al Neolítico y, un poco más al norte, hay una cantera de la que se extrajeron algunas piedras que forman el Círculo de Brodgar, a unos diez kilómetros de distancia. En la ladera de la colina hay una piedra parecida, rota, que a lo mejor se les cayó en el trayecto hacia el círculo hace cuatro mil años. Recuerdo la colonia de charranes árticos que anidó aquí y cómo se precipitaban en picado sobre nuestras cabezas durante la época de celo, pasando tan cerca que nos rozaban con las alas. El gran abejorro amarillo, en peligro de extinción, se deja ver en verano, polinizando el trébol rojo. En otoño brotan los hongos alucinógenos. Y durante todo el año crece el *Fucus distichus*, un tipo de alga poco común típica de las costas rocosas del norte azotadas por las olas.

A los pies del páramo hay un farallón conocido como Spord o Stack o' Roo, una roca del tamaño de una torre que un tiempo atrás formó parte del acantilado, pero ahora se erige

independiente. En verano, los frailecillos anidan en el farallón, junto con los fulmares boreales, los cormoranes, los gaviones atlánticos y los cuervos. Con cuidado de no pisar ninguna madriguera, acostumbraba a bajar por una ladera verde hasta una cornisa, el mejor sitio para acurrucarme, mirar al farallón y contemplar la bulliciosa sociedad formada por las aves marinas: los fulmares defendiendo sus nidos con gran escándalo y los frailecillos regresando de altamar.

En el páramo no hay vallas que impidan a las ovejas acercarse a las rocas o los acantilados. Cuando vinimos a vivir aquí, mi padre bajaba por la pendiente para rescatar a las hembras que se quedaban atrapadas en las cornisas, pero a medida que el rebaño maduraba, el conocimiento del terreno y el aprender a pisar con paso firme se convirtieron en algo instintivo.

Como ha llovido recientemente, el arroyo que baja hasta el mar lleva agua otra vez, aquel en el que mi hermano Tom y yo jugábamos, empujándonos el uno al otro y a los perros bajo un puentecito de piedra. Los ostreros y los zarapitos anidaban en la huella que dejaba el tractor y nosotros perseguíamos y capturábamos a las crías para sentir en nuestras manos sus cuerpecillos suaves, con el corazón acelerado, antes de soltarlos.

Me detuve en el lugar donde, de niña, un vecino dejó el tractor en marcha mientras saltaba para abrir una verja, olvidándose de echar el freno de mano. Estaba de espaldas cuando el tractor empezó a deslizarse cuesta abajo sin conductor. No corría tanto como para alcanzarlo y aquel vehículo tan caro cogió tal velocidad que, con una fuerza imparable, se precipitó por el acantilado y se destrozó contra el Atlántico.

Por la tarde volví al páramo a dar de comer a las vacas, apretujándome junto a mi padre en la cabina del tractor como hacía de pequeña. Todavía sé dónde están los baches y los hoyos del

terreno y me agarro fuerte cuando pasamos sobre alguno. Mi padre baja la pala para echar la bala de forraje en el comedero y el ganado se arremolina en torno a él. Ya ha oscurecido y me quedo en la cabina observándolo, iluminado por los faros del tractor, cortar el fino plástico negro de la bala y arrancarlo para que puedan comer. Ahora tiene casi todo el pelo blanco y, aunque lleva un mono de trabajo acolchado casi todo el año, ya no necesita guantes.

El páramo se esconde tras una colina baja y se extiende junto a la costa y hay un punto desde el que no se ve ninguna casa ni se ven desde la carretera. Mi padre me contó que cuando estaba en pleno estado eufórico, durante los episodios maníacos, llegó a dormir aquí. Agachada junto al congelador para resguardarme del viento, liando un cigarrillo y mirando el ganado, me di cuenta de que me había convertido en mi padre.